

La vejez y la muerte

F. Rodríguez Rioboo

Universidad Complutense de Madrid

Resumen: Este artículo es una reflexión, desde la perspectiva de la historia de las ideas, de como la construcción colectiva de la muerte va a incidir en la configuración de la vejez. En primer lugar se hace una exposición de la complejidad de la idea de muerte y de la dificultad de definirla como experiencia; tras ello se expone, apoyándose en textos del renacimiento y barroco español, que la visión de la muerte como horizonte esencial del viejo es determinante en la elaboración de la vejez en la Tradición; la omnipresente idea de orden, la rígida determinación de las edades y los códigos morales estrictos, confluyen con ese horizonte de muerte en la configuración de la vejez.

En nuestra modernidad, la elisión y la pérdida de valor ontológico de la muerte ha sustraído a esta su papel de referente básico de la vejez. El proceso de morir, con sus cortejos de miedos asociados a la incierta muerte hospitalaria, ha desplazado a la muerte y a los miedos escatológicos que ella suponía. La difuminación de las sanciones provenientes de los códigos morales y religiosos, y la desaparición de la férrea distinción de edades, ha flexibilizado la vejez. Esa vejez más elástica queda informada por un generalizado principio -no exento de riesgos- de juventud.

Palabras clave: Historia de las ideas; concepto de muerte; cultura de la muerte; vejez y muerte

Title: Old age and Death

Abstract: This article is a reflection from the standpoint of the history of ideas on how the collective outlook on death shapes the concept of old age. In first place, the complexity of the idea of death and the difficulties of defining it as an experience are presented. There follows an explanation based on Spanish Renaissance and Baroque texts of how the idea of death as the essential horizon of the elderly determines the traditional view of old age.

In our modern times, the silencing and loss of the ontological value of death have suppressed its role as the basic reference of old age. The process of dying, surrounded by fears associated with an uncertain hospital death, has replaced death and the scatological fears it used to entail. Old age has become more flexible because sanctions arising from moral and religious codes have become hazy, and the cast-iron distinctions between age groups have disappeared. This more elastic old age is infused with a generalised but not risk-free principle of youth.

Key words: History of ideas; concept of death; cultur of death; old age and death.

1. Muerte imaginada y experiencia de muerte

La muerte es una idea compleja y una realidad confusa. Junto con la idea de vida, su opuesta y complementaria -perder lo segundo nos está saliendo caro al Occidente moderno- articula gran parte de la dinámica de los sistemas mentales. Entre el qué es vivir y qué es morir construye el hombre el armazón de su realidad social, el espesor de su existir.

No en vano nos dicen los historiadores que cuando el *homo sapiens* comienza a enterrar a sus muertos nos encontramos con el hombre antropológicamente maduro, cuajado, susceptible ya de ser recogido por la historia. Donde hay rituales sobre la

muerte se despliegan universos simbólicos complejos y la dialéctica vida-muerte ya está en marcha configurando al hombre y a sus cosas; cuando hablemos de la muerte sobreentendemos ese tráfico continuo entre ella y la vida: tráfico que a veces se vuelve de contrabando y reproduce en los sistemas de representación las agitadas, a veces divertidas y siempre trágicas historias de caballistas, alijos y carabineros.

Mitos, símbolos, imágenes, fragmentos de filosofía y pulsiones confluyen constituyendo la idea -más clarificador sería decir discurso- sobre la muerte. Y ese es el discurso verdaderamente operativo, el que mueve realmente las configuraciones de la muerte. Inscrito en los tiempos largos de la historia, arrastrando siempre en sus fondos fragmentos de cosmovisiones pretéritas, sus mutaciones básicas son difícilmente previsibles. A este respecto fue interesante la polémica entre esos dos grandes historiadores franceses, Philippe Ariés y Michel Vovelle, que tan bien estudiaron la idea de la muerte. Vovelle

(*) Dirección para correspondencia: F. Rodríguez Rioboo. Dpto. de Psicología Básica II: Procesos Cognitivos. Universidad Complutense de Madrid. Facultad de Psicología, Campus de Somosaguas. 28023 Madrid (España).

piensa que las mutaciones en la idea de la muerte pueden ser interpretadas en función de factores económicos, demográficos, religiosos y particularmente, culturales. Para Ariés, al cabo, las alteraciones del inconsciente colectivo, son las que darían cuenta de los cambios fundamentales en los sistemas de representación. (Ariés, 1982; Vovelle, 1983).

En cualquier caso, los discursos de corte racionalista que no recogen o lo hacen de forma insuficiente esta polivalencia de la muerte, a duras penas logran atrapar sus contenidos. Se resiste la muerte a integrarse en estudios unidimensionales que no tengan en cuenta la complejidad derivada de sus inevitables referencias a la esfera de lo no consciente y al plano de lo imaginario. Ciertamente, gran parte de la complejidad del discurso sobre la muerte radica en su propia heterogeneidad. ¿Cómo articular los imperativos derivados de códigos éticos (resignación ante la caducidad, aceptación -a priori- serena de la muerte, por ejemplo) con las descomedidas pulsiones que nos vienen del escondido inconsciente, tan poco dado a finitudes y templanzas? De ahí se derivarán, casi seguro, sistemas de supervivencia post-mortem e instituciones sociales donde el hombre pueda derramarse y desbordar, simbólicamente, a la muerte. Pero el problema será cómo se hace todo eso. Y el pagar una cuota mensual para tener una muerte institucionalmente asistida, incluida la concesión de un nicho temporal por diez años ¿cómo se ensambla con la muerte turbulenta y romántica soñada, tumba agreste y pradera cuajada de crisantemos? Tanto da que todo ello sea una transfiguración de un pasaje infantil o provenga de un telefilm (serie B) ya olvidado. El imaginario se alimenta donde puede y no siempre están disponibles el *Orfeo* de Cocteau o *Hiroshima* de Resnais. ¿Qué idea de muerte sale de todo ello?

Pero la complejidad de la idea de la muerte, también viene por otros conductos, concretamente, por los que ella se vierte en otras construcciones mentales. Son numerosos los espacios en los que la muerte aparece contagiándolos con sus valencias y tomando de ellos significaciones; dicho de otro modo, entabla relaciones dialécticas con otras ideas que ocupan puestos vitales en los sistemas de representación. Las ideas -con sus correlativas experiencias de alto valor existencial- de supervivencia, de finitud, caducidad, historicidad, dolor, reposo y otras tantas más, están íntimamente asociadas con la muerte. Capítulo aparte merece su ligazón con la sexualidad (Bataille, 1978) y el amor (Tenenti, 1982; Caruso, 1982). Diríamos, valga la expresión, que la muerte se mete en numerosas historias: en todas las

que puede y puede en muchas (Ziegler, 1976). Tanto es así que pudiéramos pensar que el análisis de la muerte debería tratar más que de acotarla, ver que hay de ella en casi todo. Se podrían establecer tipologías de los espacios sociales tomando como referencia la cantidad -y calidad- de muerte que hay en ellos. La muerte puede faltar aquí y sobrar allá: no es un indicador banal, aunque, claro está, quién establece los criterios de lo que sobra y lo que falta, y al cabo, quién dice lo que es la muerte (no es este el momento de reflexiones sobre ello, pero la sociedad occidental hoy, en contra de lo que pudiera pensarse, está llena de muerte, la muerte se ha metido, la han metido en camisa de once varas).

Dijimos al principio que la muerte era una realidad confusa y hay razones para pensar que es así. En una lectura biológica la muerte es algo relativamente simple: el corazón dice hasta aquí llegué, los encefalogramas dejan de trazar picos hacia arriba y hacia abajo -lo cual parece que quiere decir que el cerebro ya no puede seguir contándose historias- aparecen rigideces, la córnea se apaga, lividez... un muerto más. Se pasa de un estado orgánico altamente organizado a ser *ese montón indiferente y disgregado* que decía Jorge Guillén. Cuando la descomposición está avanzada gran parte del cuerpo se desata del todo y lo que fue Leonor o Juan Francisco es ahora un conjunto de ácidos y gases, minerales, que van cada uno a lo suyo (es tentador pensar que algunas de esas moléculas de fósforo o nitrógeno que pasen a formar parte de Dios sabe qué otros círculos orgánicos, conservan una oscura memoria de lo que fueron). A falta de unos Campos Elíseos o de un Edén, cabe consolarse con ese *ser en el cuerpo de la yerta rama* y en *el sinfín de dalias doloridas*, que es la forma de supervivencia lorquiana.

Si la muerte sólo fuera ese punto biológico resultaría sorprendente la diversidad de los sistemas de representación que ella ha generado históricamente. Verdad es que una vez puestos en marcha estos sistemas crean su propia dinámica y que ésta no siempre está en consonancia con las realidades fácticas a las que responde; banal es repetirlo, la realidad cultural es tan sólida como los fenómenos objetivos que se supone tiene como referente.

Las construcciones sociales de la muerte -en interrelación con otras- gozan de altos grados de autonomía: los cambios en la historia de las mentalidades son muy lentos y frecuentemente sigue operando más allá de los marcos sociales que las generaron. En cualquier caso, la muerte no puede quedar reducida a un espacio -el cuerpo- y a un punto del tiempo, aquel en que se produce el deceso; Jean

Broudrillard lo ve así: “Sólo en el espacio infinitesimal del sujeto individual de la conciencia la muerte adquiere un sentido irreversible. Ni siquiera un acontecimiento, por lo demás; un mito vivido anticipadamente. El sujeto necesita, para su identidad, un mito de su fin, como necesita un mito de su origen. En realidad, el sujeto no está nunca ahí, como el rostro, las manos o los cabellos, y sin duda, está siempre ya en otra parte, preso en una distribución insensata, en un ciclo interminablemente impulsado por la muerte. Esta muerte que está presente en toda la vida, hay que conjurarla, localizarla en un punto preciso del tiempo y en un lugar preciso: el cuerpo. En la muerte biológica, la muerte y el cuerpo, en vez de exaltarse mutuamente, se neutralizan. La biología supone *fundamentalmente* la dualidad del alma y el cuerpo. Esta dualidad es en cierto modo la muerte misma, puesto que es ella la que objetiva el cuerpo como residual, objeto malo que se venga muriéndose. Es en función del alma que el cuerpo se convierte en ese hecho bruto, objetivo, ese destino de sexo, de angustia y de muerte. Es en función de esa esquizo imaginaria, el alma, que el cuerpo se convierte en esa “realidad”, que no existe sino para ser destinada a la muerte”(pp.186-187).

La muerte biológica del individuo, siendo punto de singular importancia, no agota la significación de muerte. Alrededor de 1.525, Fray Antonio de Guevara, el que fuera obispo primero en Guadix y luego en Mondoñedo, consejero de Carlos V en aquellos difíciles tiempos para el Rey y para los comuneros, nos dice con buena prosa: “¡O, cuán inconsiderados son los hombres en pensar que no más de una vez se han de morir, como sea verdad que el día que nacemos comienza nuestra muerte y el día postrero nos acabamos de morir! Si no es otra cosa la muerte sino acabar alguna cosa la vida, razón ay para dezir que murió nuestra infancia, murió nuestra puericia, murió nuestra juventud, murió nuestra viril edad, y muere y morirá nuestra senectud. De lo qual podemos collegir que morimos cada año, cada mês, cada día, cada hora y cada momento, por manera que, pensando traer vida segura, anda con nosotros la muerte rebuelta. No sé yo por qué los hombres se espantan tanto de morir, pues desde el punto que nascen alguna otra cosa no andan a buscar; porque jamás faltó a alguno tiempo para se morir, ni jamás supo alguno este camino errar.” (p.946).

En el siguiente siglo, en 1.651, Quevedo nos dice lo mismo: “Del vivo al muerto no va otra diferencia sino que el vivo está muriendo cada día y la postrera hora. El que muere no tiene más que morir; y el que vive tiene que morir más. Luego si la muerte

es temerosa por muerte, más la debe temer el que la padece para padecerla, que el que la padece para acabarla de padecer. Todo, señor don Manuel, lo hacemos al revés: tememos la muerte, y queremos más muerte; deseamos que no se llegue y queremos que no se acabe. Toda nuestra ansia es vivir la muerte, y todo nuestro miedo (temiéndola) es que acabe nuestra muerte de morir.” (p.139).

Esa continua muerte interior tiene su correlato orgánico; el biólogo Faustino Cordón nos lo explica: “cómo la vida se resuelve instante a instante en muerte y cómo, en los instantes alternativos, se apoya en la muerte previa para resurgir de nuevo; de modo que, en resumidas cuentas, cada vida, analizada en su dinamismo íntimo, se nos ofrece como una densa sucesión de actos discretos alternantes de nacimiento (de surgimiento desde lo inferior) y de muerte (de aniquilación en lo inferior).” (p.6).

Esa micromuerte celular continua a la que está expuesto nuestro organismo, ¿es recogida por nuestra conciencia? De seguro que, aunque sea en sus más escondidos rincones, se almacena esa información. Lo que no sabemos es cómo esas oscuras experiencias pasan a formar parte de la idea de muerte. También conviene recordar que en formas límites de la sexualidad, en el arrobamiento místico y ciertas formas alteradas de conciencia (muerte clínica, alucinógenos), se producen, según algunos estudiosos, experiencias asimilables a la de muerte (Bataille, 1978; Caruso, 1982; Meyer, 1983).

Pensándolo bien, si lo que queríamos mostrar sumariamente es que la experiencia de la muerte en nada es “clara y distinta”, hubiese bastado con recordar que la muerte es la experiencia que tiene la singular virtud de suprimir todas las demás y tornar inefable -literalmente- sus propios contenidos.

2. La vejez en la Tradición

Estadísticamente próximo a esa realidad confusa que es la muerte y con bastante tiempo -en teoría, claro- para haber integrado, aceptando o rechazando, las ideas que sobre ella rigen en su entorno social, está el viejo. Veremos como la idea de la muerte configura en alguna medida la vejez de los viejos de la Tradición y luego pasaremos a la de los viejos de hoy: muertes distintas, viejos distintos.

La idea de tradición es imprecisa y nosotros la utilizamos aquí de forma laxa, de tal modo que pueda incluir amplios períodos históricos o grupos de población -limitados al marco occidental- donde la modernización ha penetrado poco. Con un sistema religioso -el cristianismo- intensamente vigente y

gravitando sobre todos los espacios culturales, grupos primarios vigorosos, mínima industrialización o ninguna, movilidad geográfica y social muy restringida y escaso o nulo control médico y hospitalario sobre la enfermedad y la muerte, nos bastará para hablar de tradición. Pensamos en los viejos del Renacimiento y del Barroco español, pero podríamos mirar más hacia atrás, y hacia adelante, siempre que tengamos en cuenta que alrededor de la segunda mitad del XVIII surge, como nos dice Iván Illich: "Un nuevo tipo de rico que se negaba a morir jubilado e insistía en que la muerte se lo llevara por agotamiento natural estando todavía en su puesto. Se negaba a aceptar la muerte sin estar en buena salud, activo a una edad avanzada [...] El predicador que esperaba ir al cielo, el filósofo que negaba la existencia del alma y el mercader que quería ver duplicarse una vez más su capital, todos convenían en que la única muerte acorde con la naturaleza era aquella que pudiera sorprenderlos en sus escritorios (p. 175)."

De cualquier manera, las formas tradicionales de vejez se adentran, cada vez más puntualmente, en el siglo XX. Los que pronto seremos viejos conocimos de jóvenes a viejos españoles que diferían muy poco del viejo de la Tradición en sentido estricto. En la Tradición las distintas edades tratan de ser diferenciadas con la mayor precisión posible. Y no sólo las edades: oficios, profesiones, condiciones y estados deben perfilar con claridad sus fronteras. En las mujeres, por ejemplo, su estatuto biológico sólo será el punto de arranque de una rígida determinación cultural; tienen que hacer y no hacer las cosas que *ab origine* hicieron y no hicieron las mujeres: sobre todo, criar hijos y aguantar barbas.

Y el hombre para ser hombre deberá observar escrupulosamente los códigos -en el fondo siempre inciertos- de la virilidad. El monje a sus maitines, el campesino a sus surcos, vista la prostituta de amarillo para que no la confundan. Al viejo le dan ya hecha su vejez.

Para entender ese afán clasificatorio del mundo de la tradición es necesario recurrir al principio básico que lo regula: el orden. Ese orden implica prelación -que se traduce por lo general en jerarquía- y claros criterios de demarcación colectiva. Ese orden no es invento del hombre, sino creación de Dios, que lo instaló en las cosas, en el animal y en la propia sociedad humana para su mejor gobierno; el bien delimitado e inmutable movimiento de las esferas celestes es ejemplo de lo poquísimas que le gustan a Dios los cambios y las promiscuidades.

Las edades están enmarcadas en una escala de perfección ascendente; el niño "es" para hacerse joven, el joven para entrar en la edad de la virilidad, el hombre maduro termina por completarse en la vejez; pero la vejez, ¿en qué edad alcanza su perfección? En las culturas iniciales que nos muestra la antropología es claro que el viejo se hará ancestro y ahí alcanzará su perfección (Aunque el viaje del muerto puede ser más o menos agitado, en las culturas iniciales no existe la figura del infierno de las religiones fuertemente institucionalizadas, y al final, como nos cuenta un bello relato de los indios de la Bolivia oriental, llegas al País del Abuelo, te lavan con agua mágica y te dedicas a beber chicha felizmente sin restricciones de tiempo ni de chicha). Sin embargo, en el Occidente cristiano la figura del ancestro está difuminada y la posibilidad de que el alma sea destinada a los tórridos dominios de Pedro Botero, hace más incierto su estatuto. Pero precisamente por eso el viejo, al que ya no quedan más edades para enmiendas, hará muy bien en dedicar prioritariamente su vejez a tratar de asegurar su alma aunque, lógicamente, nadie pueda adelantar el veredicto divino.

La otra vida, la eterna, no necesita para su disfrute de ningún aprendizaje pero sí de un requisito: bien morir. A ello debe estar orientada la vejez. Esto conviene, claro está, a todas las edades, pero con particular intensidad al viejo. De las fronteras que orientan y vertebran las distintas edades -paso a la pubertad, noviazgo, casamiento, paternidad; servicio de armas, entrada en gremios o cofradías-, al viejo solo le queda una: la de la muerte. A cruzar bien esa raya debe atender, sobre todo, el viejo. No debemos olvidar que la muerte tiene un fuerte valor escatológico. En los últimos momentos el diablo trata de tentar el alma del moribundo con muchos ardides (ambición, miedo, nihilismo) y el salir airoso del paso requiere una sólida preparación que no se improvisa: *la preparatio mortis* es esencial para el viejo. A nosotros esta visión nos resulta lejana y poco aceptable, ¿por qué no ha de hacer el viejo lo que quiera mientras pueda? La Tradición, ya lo hemos dicho, tiene una visión cerrada de las edades; ya llenó, o debió hacerlo, las edades que vivió según sus códigos específicos: haga con la vejez lo propio.

Tener el viejo como referente la muerte supone adaptarse estrictamente a los códigos morales que podrán facilitarle la salvación; por otra parte ello, si el viejo es sensato -cosa que la literatura tradicional pone frecuentemente en entredicho- no resulta difícil. Vivió lo suficiente para darse cuenta que los deseos y las pasiones son pura ilusión y embeleco y

que, al cabo, casi todo termina por ser *vanitas vanitatum*. En 1562 el franciscano Fray Diego de Estella nos muestra la necesidad de apartarnos de las vanidades del mundo: "Vanidad es esperar en él, y vanidad muy grande hacer caso de sus favores. Vanidad desear sus honras, y mayor vanidad amar sus riquezas y deleites. Vanidad es querer sus bienes transitorios y vanidad es, por cierto, tener cuenta con los corruptibles haberes de este siglo. Vanidad andar tras el viento de las alabanzas humanas. Vanos son los cuidados que se emplean en servir a este mundo infeliz [...] Pasamos como una florecita de heno, y andamos camino que nunca tornaremos, y midenos las jornadas un correo tan ligero, que vuela más de mil millones de millones de leguas dentro de veinticuatro horas, y hácenos correr con tanta furia como ésta tras el mal, y llévanos a poner en las manos de aquel Juez terrible, de quien está escrito: *Horrenda cosa es caer en las manos de Dios vivo*. Siendo esto así, gastamos esta breve vida en ganar un poco de estiercol y un engaño manifiesto, que nos dejará mañana (pp.195-196)."

Pero si el viejo no se hubiese dado cuenta de todo ello y quisiera persistir en pasados -o recién estrenados- vicios, una mirada al espejo deberá apartarlo de tentaciones; Fray Antonio de Guevara, en boca de su Marco Aurelio, nos lo dice así: "Aunque los viejos no fuesen honestos y virtuosos por el servicio de los dioses, por el provecho de la república, por el decir de los pueblos y por el exemplo de los moços, devríanlo ser sólo por el descanso de sí mismos. Un pobre viejo, si no tiene dientes, ¿cómo será goloso? Si no tiene calor, ¿cómo podrá comer? Si no tiene gusto ¿cómo le sabrá el beber? Si no tiene fuerças, ¿cómo podrá adulterar? Si no tiene pies, ¿cómo podrá andar? Si tiene perlesía, ¿cómo podrá hablar? Si tiene gota artética, ¿cómo podrá jugar? Finalmente los semejantes hombres mundanos y viciosos emplearon sus fuerças quando moços en querer todos estos vicios provar y agora que son viejos pésales de todo su corazón que no los pueden cumplir [...] passando, pues, el malaventurado tantos tiempos en estos vicios, ya que el mundo le ataja los passos con enfermedades y trabajos, no le pesa tanto para ser virtuoso de los vicios que le sobran, quanto para ser vicioso de las fuerças que le faltan (pp.804-805)."

Vemos como Guevara realiza un desplazamiento habitual en la literatura edificante, identificando al viejo con el decrépito (cuando sus estatutos son diferentes, y a veces opuestos en la mayoría de las culturas: el viejo es respetado, el decrépito no) y esperando que éste asuma, aunque esté como una

rosa, sus incapacidades. En el fondo se trata de mostrarle su inminente futuro y desanimarle para prácticas joviales que se estiman improcedentes en la vejez.

Según las lógicas binarias de la Tradición, la vejez se construye por oposición a la juventud. En una, movilidad, salud, pasión, belleza, juicio alborotado; en la otra, quietud, enfermedad, apatía, fealdad, sensatez. Cierto que el viejo podrá llegar a la vejez con salud y energía, pero habrá de cuidarse de emplearlas en las liviandades propias de la mocedad. A los distintos estados fisiológicos propios de las distintas edades corresponderán distintas disposiciones del alma y sus respectivas conductas; jóvenes melancólicos y viejos eufóricos pueden levantar sospechas: sospechas que se apartan de los modelos naturales y... ya se sabe que el demonio aprovecha todas las ocasiones. La vejez es el negativo de la juventud. Los refranes, que suelen ser buenos indicadores de la mentalidad tradicional, abundan en la separación: *No hay mozo triste ni viejo alegre; Ni mozo que va a vísperas, ni viejo que va a mañitines; No hay mozo doliente, ni viejo sano; Ni moza fea ni vieja hermosa*, y así muchos más. Una vez más, orden, claridad, diferencia. Un refrán resume a las claras este sentir: *Cada cual en su lugar, y cada cual con su cada cual*.

Mundo, demonio y carne son manifiestos peligros para todos, pero mucho más para el viejo que debería saber que su tiempo es poco y si la muerte le sorprende, digamos, con las manos en la masa, la broma le puede costar nada más y nada menos que toda una eternidad en la sulfurosa compañía de Satanás. La lujuria y la gula, campos privilegiados de la transgresión en la Tradición, son sin duda tropiezo para el joven, pero para el viejo es descarrilamiento. Y no sólo se trata de haber infringido preceptos religiosos, sino de haber invadido espacios que ya no le corresponden. Un viejo que actúa como joven es desorden, y eso es en el fondo lo que acarrea sanción, el vulnerar el orden natural de las cosas. La sodomía, por ejemplo, tan condenada en la Tradición, no sólo es un pecado contra el recto curso de la sexualidad, sino una figura de ambigüedad, y las ambigüedades no le gustan a la Tradición, que las sanciona o las desplaza a lo imaginario. A decir verdad, el viejo puede "descolocarse" y meterse en bullicios que se suponen son propios de la juventud, pero entonces el viejo pone en peligro su estatuto. Respeto, diferencia, función arbitral, asesoramiento (*Donde no hay viejo no hay buen consejo; Dentro del conejo, la lengua del viejo*) pueden quedar en entredicho. Las burlas y requisitorias contra los viejos

verdes o los viejos que se casan con moza son muy frecuentes en nuestra literatura.

Hemos visto como la muerte conforma en buena medida la vejez canónica en la Tradición, pero una pregunta no nos hemos hecho, ¿teme el viejo la muerte? En una primera aproximación diríamos que en toda cultura, incluso en aquellas sociedades iniciales que tan bien la tienen integrada (Ziegler, 1976; Thomas, 1983), la muerte es sentida como amenaza. Distintas sociedades, distintos miedos (Thomas, 1976); formulados o implícitos, conscientes o no, difícil es que algún hombre escape a ellos. Si no nos equivocamos al pensar que los miedos a la muerte tienen su traducción vital -en forma de miedos a la vida, probablemente-, la pregunta es pertinente. La pregunta será pertinente pero eso no facilita la respuesta. Aquí, la relativa homogeneidad de la Tradición se quiebra; la representación colectiva de la muerte puede tornarse más o menos inquietante en función de factores epocales, generacionales incluso. Epidemias, conflictos bélicos latentes o en curso, desastres colectivos, residuos de representaciones apocalípticas de la muerte que aún perduran, cambian las valencias de la muerte. La biografía del individuo y cómo ha vivido la muerte de otros es también factor determinante.

En cualquier caso, creo que podríamos decir que la muerte se manifiesta menos amenazadora en la Tradición que en la actualidad. La muerte para el viejo en la Tradición es una realidad familiar, no pesa interdicto sobre ella, sin embargo, lo que hay en juego, la vida eterna, puede generar actitudes ambivalentes ante ella. El sistema de miedos y esperanzas ligado a la supervivencia puede inclinarse hacia el peor de los lados y vivir anticipadamente el tridente y la llama; también es verdad que ese espléndido invento tardomedieval que fue el purgatorio (Le Goff, 1981), puede servir y de hecho sirvió, para aliviar angustias; ya no era todo o nada, con un poco de benevolencia divina podías ir al purgatorio y allí, entre la mucha expiación prevalecerá el consuelo que aquello era tan solo condena temporal y entre las misas y oraciones de los vivos podrá acortarse la condena.

En cualquier caso, la muerte era un punto de incertidumbres y de miedos, y la literatura doctrinal no descuidó la cuestión. El anciano no debería temer a la muerte, no sólo porque es puerto natural de la vida y por su edad vecina, sino que entre las amarguras que trae la vida -que el viejo ya conoce- y los achaques de la vejez, la muerte no sólo no debe ser temida sino que ha de ser deseada. Una vez más recurrimos a Guevara, que resume los tópicos hu-

humanistas y gran parte de los posteriores barrocos. Nos dice el minorita: “¿Por ventura no es loco el que va navegando si le pesa de que llega al puerto? ¿Por ventura no es simple el que da la batalla y suspira porqué alcanzó la victoria? ¿Por ventura no es más vano el que estando en un gran aprieto le pesa de ser socorrido? Pues muy más imprudente, inocente, vano y loco es el que, caminando para la muerte, le pesa de topar con la muerte; porque la muerte es el refugio verdadero, la sanidad perfecta, el puerto seguro, la victoria entera, la carne sin huesos, el pescado sin espina, el grano sin paja; finalmente después de la muerte, ni tenemos que llorar, ni menos que desear [...] Yo tengo por más cuerdo a los griegos, que lloran quando nascen los niños y ríen quando mueren los viejos, que no a los romanos, que cantan quando nascen los niños y lloran quando se mueren los viejos. Con mucha razón nos debemos reír en la muerte de los viejos, pues mueren para reír; y con mucha más razón emos de llorar quando nascen los niños, pues nascen para llorar (pp. 943, 960-961)”.

Tan engolfado está el franciscano con la dulzura de la muerte en comparación con la arriscada vida del viejo, a la que llama “muerte prolija”, que se deshace en alabanzas con el pueblo de los garamantes que tenían la costumbre de suicidarse a los 50 años. El suicidio o el dejar morir a los viejos está atestiguado desde los hiperboreos de los que nos habla Plinio hasta los abundantes ejemplos que nos ha mostrado la antropología moderna.

Con esas ancianidades tan poco amables no es de extrañar que la muerte se mire con envidia. El retrato que hace Quevedo de sus 52 años está en la misma línea; en una buena prosa rebosante de patetismo que nos encandila y desasosiega, nos dice: “Señor don Manuel, hoy cuento yo cincuenta y dos años, y en ellos cuento otros tantos entierros míos. Mi infancia murió irrevocablemente; murió mi niñez, murió mi juventud, murió mi mocedad; ya también falleció mi edad varonil. Pues ¿Cómo llamo vida una vejez que es sepulcro, donde yo propio soy entierro de cinco difuntos que he vivido? ¿Por qué, pues, desearé vivir sepultura de mi propia muerte, y no desearé acabar de ser entierro de mi misma vida? Hanme desamparado las fuerzas, confíesalo vacilando los pies, temblando las manos; huyóse el color del cabello, y vistióse de ceniza la barba; los ojos, inhábiles para recibir la luz, miran noche; saqueada de los años la boca, ni puede disponer el alimento ni gobernar la voz; las venas para calentarse necesitan de la fiebre; las rugas han desmoldado las facciones; y el pellejo se ve disforme con el dibujo de la calave-

ra, que por él se trasluce. Ninguna cosa me da mas horror que el espejo en que me miro: cuanto más fielmente me representa, más fieramente me espanta. ¿Cómo pues amaré lo que temo? ¿cómo desearé lo que huyo? ¿cómo aborreceré la muerte, que me libra de lo que aborrezco y me hace aborrecible? (pp. 138-139).”

Con tanta muerte en la vejez, bien pudiéramos decir que nuestros viejos fueron heideggerianos *avant la lettre*.

3. Viejos de hoy

Cambiaron los tiempos, cambiaron los viejos; la muerte también cambió. Nosotros vamos a tratar de ver brevemente como los cambios que ha sufrido la muerte en la actualidad, han podido incidir en la vejez. A finales del primer tercio de este siglo que se nos va empiezan a percibirse nítidamente transformaciones en la idea de la muerte (Aries, 1982; Ziegler, 1976; Thomas, 1983). De la muerte omnipresente de la Tradición se pasa a su elisión. De ser una realidad familiar que poblaba toda suerte de discursos, prédicas, juegos, refranes y coplas, pasa a ser casi una extraña. De estar hasta en la sopa (esa carismáticas sopas de antaño que remozaban viejos y resucitaban muertos), pasa a verse solo en las U.V.I., en los pabellones de cancerosos, en la morgue: y allí, poquito, ese poquito de muerte que inevitablemente exige el cadáver. La muerte ha hecho mutis por el foro.

Verdad es que desde los años cincuenta los estudios sobre la muerte van en aumento y que la mayoría de ellos insiste en recuperarla, pero también es verdad que la muerte sigue desplazada del tejido social. *Hospices*, aún incipientes ensayos hospitalarios de reservar espacios a los moribundos, talleres para aprender a morir, tratan de sacar a la luz la muerte y de humanizarla, pero aquí sí es el león tan fiero como lo pintan y la tarea en ningún modo es sencilla.

Los viejos que hoy por su edad podrían estar, estadísticamente en “edad de muerte”, sí han vivido en su juventud y aun en su madurez, un sistema cultural donde la muerte estaba presente; en realidad, la elisión de la muerte es relativamente reciente en España. Hace 40 años, incluso menos, la muerte conservaba aún parte de sus valencias tradicionales; en los pueblos apartados de las rutas turísticas, mucho más. Cómo ha vivido el viejo de hoy es debilitamiento de la muerte en las representaciones sociales y cómo lo ha integrado con las nuevas formulaciones, no lo sé, y supongo que en ello

intervendrán distintos factores personales, pero me inclino a pensar que las nuevas formas de la muerte han calado intensamente. La muerte, de ser una realidad esencial, ontológicamente sustantiva, referente inesquivable de la vejez, ha pasado a ser una realidad contingente, es mas, aleatoria; la muerte se estira, hasta límites a veces inquietantes, mediante las poderosas tecnologías médicas. La vieja máxima, *mors certa, ora incerta*, ha tomado un nuevo significado, se ha vuelto doblemente enigmática. No sabe el hombre, ciertamente cuando vendrá *la Virgen misteriosa de los últimos amores*, que decía Espronceda, pero cuando viene, cuando parece que viene, aparece otra incertidumbre a mi modo de ver mas inquietante: los médicos, en muchas ocasiones, pueden retenerla en la sala de espera un tiempo indefinido. La *inesquivable* ya no lo es tanto.

Lo que le venía al viejo antes era la muerte, la muerte con mayúsculas; la última enfermedad era solo un anuncio de que la muerte ya estaba cerca. Con guadaña o sin ella, quien se llevaba al viejo era la muerte. Hoy la muerte ha dejado de ser esa realidad sustantiva y se ha producido un desplazamiento hacia la enfermedad. La que “mata” es la enfermedad y la muerte es tan solo el resultado de ella, un punto, el último, de su proceso. El acento se ha desplazado de la muerte al proceso de morir.

Hoy ya no se pide al viejo que construya su vejez teniendo a la muerte como referente básico de sentido; al contrario se le pide que no piense en ella, o piense poco y ese poco lo haga para sus adentros. Realidad de substancializada, negativa -de ahí su elisión-, su formulación social debe restringirse a lo estrictamente necesario. Si el viejo abunda en ideas de muerte será conveniente que algún experto en las ciencias de la salud le someta a una revisión: tal vez padezca un proceso depresivo, alguna vieja fijación tanática, algo parecido.

Vimos que la vejez -la vejez canónica- en la Tradición era muy restrictiva y el horizonte del viejo estaba en gran parte regido por la muerte, pero el viejo que se cansaba de su vejez -Proust, por ejemplo-, que llegaba a eso que se llamaba *societas vitae* o empezaba a tener dificultades con ella -esa “dificultad de existir” de la que hablaba La Fontaine a sus noventa y bastantes años-, podía solazarse con la idea de la muerte. Eso ahora resulta más complicado. Pero como la historia es un complicado juego de pérdidas y de ganancias, el viejo ha ganado una vejez mas suelta, mas elástica, menos limitada por convenciones sociales: puede hacer lo9 que quiera si es que puede y quiere. Digamos que, con un término castrense, el viejo está en reserva activa. Reserva, por-

que la jubilación le impone claras limitaciones; activa, porque la sociedad hoy la brinda campos donde poder seguir haciendo bastantes cosas.

El avance de los procesos de secularización, que han penetrado en las propias configuraciones religiosas, han limitado, o anulado, las sanciones derivadas de los códigos ético-religiosos. El viejo puede abandonarse a las pasiones -en el sentido amplio, estoico, como perturbaciones del ánimo- con las únicas limitaciones que le imponga la preceptiva médico-sanitaria, aunque a veces ésta con su rigor salutarífico parezca emular las restrictivas morales de antaño. Las escaramuzas amorosas, por ejemplo, que tanto vituperio y burla trajeron al viejo en la Tradición -esas liviandades eran despeñadero para el viejo que debiera estar ocupado preparándose para la muerte-, ya dejaron de traer sanción e incluso se anima oficialmente al viejo a mantenerse en pie de guerra el mayor tiempo posible.

Ya no hay *preparatio mortis* para el viejo y cruzar la ralla de la muerte ya no tiene el valor escatológico de antaño: el infierno, prácticamente se ha volatilizado; Satanás ha perdido su estatuto de diablo y solo le queda el de viejo: lógicamente, también ha sido jubilado.

Antes se construía la vejez por oposición a la juventud, en nuestra modernidad ha pasado algo realmente novedoso en la historia: la vejez se construye "desde" la juventud. La juventud, lo joven con mas exactitud, informa las otras edades. Todos tenemos derecho a sentirnos jóvenes aun cuando con la edad mucha el cuerpo no esté para demasiados trotes. Se nos dirá que si no el cuerpo, el espíritu ha de seguir conservando la vivacidad, la curiosidad, la lozanía que caracteriza etapas anteriores. En el plano de las construcciones ideológicas -en el sentido aséptico del término- se tiende a difuminar la vejez, a sustraerle gran parte de las características que la configuraban. Parece dibujarse una sola edad

en distintos estadios, con distintos grados de elasticidad. Hay jóvenes-jóvenes, jóvenes-maduros, jóvenes-viejos. El viejo gana libertad con esa flexibilización de las edades; la vejez, en teoría, ya no se la dan hecha, debe de hacerla él. Existe el peligro de fomentar hiperactividad en el viejo desde las instituciones, y lo que sería peor, codificar esas actividades, pero en los marcos existenciales abiertos este tipo de riesgos es inevitable.

Si es cierto que la idea de juventud impregna todas las edades, habría que recordar que la juventud y la muerte nunca encajaron demasiado bien; ahora, con el ocultamiento de la muerte, menos. El joven-viejo también perdió -aunque en tanto haya salido ganando- la muerte por ese camino. Sea como fuere, aquél viejo refrán, *Ya os lo dije lo que han menester los viejos: sepultura honda y llena de tejos*, hoy ya nos resulta demasiado lejano, e inaceptable.

La muerte negada por los hombres de Occidente llena de fantasmas sus conciencias; la muerte hospitalaria que tantas veces llena de miedos antes de venir y de horror cuando viene; las largas enfermedades que preceden a la muerte, la vejez asistida pero con escaso estatuto social, la pobreza de tantos viejos...; todo ello hace que la vejez sin restricciones que elabora nuestra modernidad se torne mas sombría.

Al viejo de hoy ya no le valen las antiguas prédicas que hacen de la vejez una antesala de la muerte, pero si podría valerle un viejo poema egipcio del segundo milenio a.C., llamado *El canto del arpista*: "Nadie retorna de allá para describirnos su estado o manifestarnos sus necesidades, para aquietar nuestro corazón hasta el momento en que nosotros también emprendamos el camino hacia el lugar para el que ellos partieron". Y concluye el arpista, "Cumple tu deseo mientras vivas... No consientas que languidezca tu corazón".

Referencias

- Aries, Ph. (1982). *Essais sur l'Histoire de la Mort en Occident du Moyen Age à nos jours*. París: Seuil. Traduc. esp.: Arcos Vergara.
- Bataille, G. (1978). *El erotismo*. Barcelona: Tusquets (Orig. Francés: 1957).
- Braudillard, J. (1980). *El intercambio simbólico y la muerte*. Caracas: Monte Avila (Orig. en francés: 1976).
- Caruso, I. (1982). *La separación de los amantes*. Méjico: Siglo XXI (Orig. en alemán 1968)
- Cordón, F. (1985). La vida y la muerte. En *Revista de Occidente*, abril 1985.
- Estella, D. de (1980). *Libro de la vanidad del mundo*. Edit. Franciscana Aranzazu.
- Le Goff, J. (1981). *La naissance du Purgatoire*. París: Gallimard. (Traduc. esp.: Gredos)
- Guevara, A. de (1994). *Relox de príncipes*. Madrid: ABL Editor.
- Illich, Y. (1975). *Némesis médica. La expropiación de la salud*. Barcelona. Barral Editores.
- Meyer, J.E. (1983). *Angustia y conciliación de la muerte en nuestro tiempo*. Barcelona: Erder.

- Quevedo, F.de (1951). *Las cuatro pestes y las cuatro fantasmas*. Biblioteca de Autores Españoles, T. XLVIII. Madrid: Atlas.
- Tenenti, A. (1957). *Il senso della morte e l'amore della vita nel Rinascimento*. Turín: Einaudi.
- Thomas, L.V. (1983). *Antropología de la muerte*. México: F.C.E. (Orig. en francés, 1975)
- Vovelle, M: (1983) *La mort et L'Occident*. París: Gallimard.
- Vovelle, M. (1985) *Ideologías y mentalidades*. Barcelona: Ariel. (Orig. en francés, 1982)
- Ziegler, J. (1976) *Los vivos y la muerte*. Madrid: Siglo XXI (Orig. en francés, 1975)